

Cortín Teñido

Buenos días, amor



El timbre del teléfono la contuvo.

El pijama había sido depositado en el fondo, bajo la almohada de su cama. Vestía pantalones tejanos, descoloridos, con un remiendo en las posaderas. Un blusón pardo del cual asomaba el inicio de sus senos.

—Buenos días, amor.

—¡Vaya! —gritó—. ¿Otra vez equivocado?

—Ya no.

—¿Y bien?

—Si no eres Laura. ¿Quién eres?

—Si tú llamas a tu Laura, ¿por qué insistes?

—¿Qué haces?

—¿Y qué te importa?

—No sé si me importa, pero me gusta llamarte. Todo forma parte de una equivocación.

Índice de contenido

Cubierta

Buenos días, amor

Capítulo I

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

Capítulo VII

Capítulo VIII

Capítulo IX

Capítulo X

Capítulo XI

Capítulo XII

Capítulo XIII

Capítulo XIV

Sobre la autora

*No es precisamente la razón la que dicta sus
normas al amor.*

MOLIÈRE

CAPÍTULO PRIMERO

Mimi Rosales fumaba recostada en el canapé confundida con cojines. Tenía un martini con hielo reposando en la mesa redonda cercana al canapé. Contemplaba distraída el conjunto del mobiliario. Era muy conocido. Tanto que lo palpaba desde hacía seis meses cada mañana y cada noche. Por tanto nada resultaba sorprendente. Las mismas paredes, casi materialmente cubiertas con pósters. Las mismas figuritas en espera de restauración en las estanterías. La cristalera, especie de biombo, separando su vivienda pequeña, del estudio enorme, rodeado de aquellos ventanales que en su cornisa casi rozaban los bajos techos.

Mimi pensaba en aquel instante de reposo que tenía mucho trabajo pendiente, pero necesitaba relajarse. Un sol mortecino, mañanero e invernal entraba por los ventanales y brillaba deslizante y desvaído, como deslizándose sin querer hacia la pequeña vivienda en la cual ella se sentía tan bien.

Colores vivos, cojines, tarimas, muebles viejos, recogidos en la vivienda materna y muchos de ellos desechados en el añejo desván.

Plantas arrancadas con amor del jardín familiar y trasplantadas a macetas de colores, que luego dejó aquí y allá. Todo ello formando el conjunto de sus vivencias, de sus buscadas soledades, de sus gustos íntimos...

Fue en ese instante cuando sonó el teléfono.

Perezosa, echaba el cabello hacia atrás. Una lacia, larga y sedosa cabellera. Unos ojos verdes de mirar profundo

buscando no sé qué.

Ladeaba el cuerpo y buscaba casi a tientas el auricular. Había luz abundante en el estudio ubicado en una vieja casa restaurada, y una brisa mañanera algo confundida por un sol mortecino bañaba plácidamente su intimidad. Pensaba:

«Tengo que hacer esto y aquello. Por la tarde tendré más tiempo y me sentiré más dispuesta...».

Podía ser su padre o su madre. Aunque quizá no fueran ellos.

Distraída, mientras alargaba la mano para detener aquel timbrazo sonando a intervalos, con breves pausas lógicas debidas al tecnicismo de la telefónica o del sistema monopolizado y vulgar, pensaba que sus padres a aquella hora estarían en sus despachos de abogados laboristas.

Por tanto, suponer que se trataba de ellos, no cabía.

En cambio sí existían clientes que reclamarían los trabajos encargados.

Sintió el frío del receptor al oído y oyó su propia voz impersonal.

—Diga.

—Buenos días, amor.

Separó el auricular un momento. Lo miró distraída.

—¡Ah —exclamó después, aún sumida en su propio ensueño—, hola!

—¿Cómo estás? ¿Has dormido bien?

Volvió a separar el auricular, para acercarlo inmediatamente.

—Pues sí.

—¿Estás segura?

—¿Y por qué no?

—No sé. Pero ayer noche nos separamos enfadados.

—Oh.

—No te acuerdas...

—No muy bien.

—Si serás comediante... —bromeó la voz masculina.

—¿Lo soy?

—Eso te pregunto yo.

—Pues seré.

—Qué raro que lo aceptes tú...

—¿Y por qué no? —Mimi se daba cuenta de que era una equivocación, pero..., ¡qué importaba! No tenía nada que hacer, o carecía de ganas de hacer cosas. Tener que hacer, tenía... Mil figuras que restaurar. Desayunar, despreciando el martini. Vestirse, que aún se hallaba en pijama. Mandar al diablo al impertinente que sin duda la había confundido.

—Es raro —decía la voz masculina.

Mimi no se inmutó. A veces ella prefería vivir en oscuras confusiones.

¿No era una forma como otra cualquiera de desterrar tópicos?

—¿Qué cosa te parece raro?

—Tú misma. Te llamo comediente y lo aceptas.

—¿Y por qué no?

—Es raro, sí, muy raro, Laura.

* * *

Mimi no era irónica, pero a veces... ¿por qué no aceptar equivocaciones y manejarlas?

Tenía trabajo pendiente, pero quedaba para manipularlo un día entero.

—¿Qué cosa te parece raro?

—Tu voz, tu sumisión.

—¿No es habitual?

Un silencio.

Y después la misma voz bronca, masculina.

Qué gracia le hacía a Mimi todo aquel imprevisto.

—Nada habitual.

—Pues sigue.

—¿Seguir en qué sentido?

- Ah, no sé. Tú sí sabrás.
—¿Me he equivocado?
—Lo ignoro.
—¿Quién eres tú?
—Un ser humano.
—Femenino, ¿no?
—¿Tengo voz masculina?
—Tú no eres Laura.
—No me llamo así.
—Entonces, ¿por qué me respondes?
—Porque tú llamas.
—Me tomas el pelo.
—¿Y no me lo estás tomando tú a mí?
—No eres Laura.
—Pues no.
—¿Y quién eres?
—La persona a quien has llamado y has saludado con el tópico «buenos días, amor».
—Te burlas de mí.
—No. Me limito a escuchar.
—Y me consideras tópico.
—En cierto modo.
—Vete al diablo —rezongó el desconocido.
—Bueno.
—¿Así?
—Si tú lo dices...
Chas.
Un chasquido.
Mimi respiró mejor. ¡Qué manía tenía la gente de equivocarse con su número!
Se relajó de nuevo en el canapé. Dio una patada al cojín más próximo y apuró un sorbo de martini.
Miraba distraída aquí y allí.
La decoración era anárquica, pero a ella le encantaba que fuese así. Al fin y al cabo la eligió ella.

Reposó la cabeza en un cojín que se deslizaba por el canapé.

Fumaba.

Le gustaba fumar después de un café negro cargado.

El pijama era de popelín rosa, pantalón y casaca.

El pelo se le desparramaba en crenchas separadas.

El «ring ring» volvió a sonar, y Mimi, con absoluta indiferencia, sin moverse ni alterar su relajamiento físico y psíquico, asía el auricular.

—Sí.

—Buenos días, amor.

—Vaya, vaya —reía entre dientes.

—¿Otra vez? —gritaba la voz, al otro lado del hilo telefónico.

Mimi se acomodó mejor. Ladeaba el cuerpo del todo. Le hacía gracia aquello. ¡Mucha gracia!

II

—Y o no tengo la culpa de tu equivocación.

—Ni yo del cruce que existe.

—Pues marca de nuevo.

—¿Quién eres tú?

—¿Tengo que decírtelo?

—Sería lo correcto.

—O no, porque si te has equivocado, evidentemente eres responsable tú de esa equivocación.

—Me intrigas.

—Tú a mí me decepcionas.

—Ah, sí. ¿Y por qué?

—En estos tiempos aún sigues siendo tan tópico y anticuado que saludas a tu amada con un «buenos días, amor».

—¿Y qué pasa?

—No sé.

—Entonces no levantes el auricular.

—Si suena...

—¿Tú estás burlándote de mí?

—Tú dirás. Llamas, yo contesto. ¿Es eso burlarse?

—Tienes una voz cálida.

—Seré cálida.

—¿No eres?

—¿Y qué te importa?

—Diantre, diantre... ¿cómo te llamas?

—Por lo visto ya te has dado cuenta de que no soy tu amor.

—No estoy seguro.

—¿De verdad?

—Oye, me he confundido y lo reconozco, pero tú eres interesante.

—¿Porque te escucho?

—Debieras cortar.

—Pues corto. Pero no soy tan mal educada.

—¿No me dices tu nombre?

—¿Importa mucho, tratándose de que sabes ya que te has equivocado?

—Quizá me guste haberme equivocado.

—Ah.

—¿Tanto te asombra?

—Pues mira, no estoy segura de nada.

—He anotado el número. Tu número.

—Muy bien.

—¿No te importa?

—Yo no soy tu amor.

—Pero tienes voz de amor.

—Qué novedad...

—¿Qué haces?

—Estar aquí.

—¿Y dónde es ahí?

—En mi sitio.

—¿Y qué tiene de bueno ese sitio?

—Que es mío.

—Vaya, vaya... por lo visto el cruce de línea me ha ofrecido la oportunidad de conocer a una impertinente.

—Eso no, ya ves. El impertinente eres tú, que turbas mi descanso.

—¿Qué cosa haces?

—Lo que me da la gana, me gusta y prefiero.

Chas.

Mimi volvió a mirar el auricular sin voz y retornó a su postura relajante.

Qué fastidio.

A veces el teléfono tenía cada jugada...

Fumaba, paladeaba el martini oscuro.

* * *

Sofía Rico decía enojada:

—Fran, deja ya el teléfono.

—Es que llamo a Laura y me sale confundido.

—Estarán cruzadas las líneas.

—Eso supongo.

—Pues olvídate de la llamada.

—Me responde una impertinente.

Sofía suspiraba. Tenía la joyería con Carlos, su esposo, al frente, y ella buscaba en la trastienda algo concreto.

Fran andaba por allí inquieto.

—Fran, deja ya el teléfono. ¿Por qué no vienes a ayudarnos?

Sabía ya la respuesta.

No iría.

Fran vivía de emociones, de sensaciones.

¿Cuándo maduraría?

¿Cuándo se daría cuenta de que la vida no era una frivolidad?

—Sofía —llamaba Carlos.

Ella, al fin, encontraba las cadenitas que buscaba.

Pero sin atender a la llamada de su marido, le dijo a su hermano:

—¿Por qué Laura no te llama a ti?

Fran ni oía.

Marcaba el mismo número.

¿Obsesión?

Algo de eso.

—Lo que buscas tú —decía Sofía, antes de irse a la tienda con las cadenas—, son emociones nuevas.

Fran no oía.

Marcaba el mismo número.

Ya sabía, ya, que no iba a responder Laura.

Ni sabía ya, si quería que respondiese.

Tenía razón Sofía. Él vivía de emociones nuevas cada día.

Marcó el número.

Por la equivocación ya jamás se olvidaría de aquel teléfono.

¿Quién estaba al otro lado?

Fuera quien fuese, evidentemente era mujer joven, irónica, fría o quizá frívola.

Tenía allí la guía de teléfonos.

Pero no merecía la pena buscar el nombre.

¿Para qué?

Era novedoso para él hallar algo diferente.

—Fran, Carlos dice que vengas al mostrador.

Ni que lo soñara Sofía, su bien querida hermana y por consiguiente su marido Carlos. ¿No manejaban ellos las tres joyerías?

Él vivía de rentas, de placer, de nuevas emociones cada día.

III

Mimi ya no bebía el martini.
Ni fumaba.

Se hallaba de pie ante la tarima donde se erguía la figurita de porcelana que debía restaurar.

El timbre del teléfono la contuvo.

El pijama había sido depositado en el fondo, bajo la almohada de su cama. Vestía pantalones tejanos, descoloridos, con un remiendo en las posaderas. Un blusón pardo del cual asomaba el inicio de sus senos.

—Buenos días, amor.

—¡Vaya! —gritó—. ¿Otra vez equivocado?

—Ya no.

—¿Y bien?

—Si no eres Laura. ¿Quién eres?

—Si tú llamas a tu Laura, ¿por qué insistes?

—¿Qué haces?

—¿Y qué te importa?

—No sé si me importa, pero me gusta llamarte. Todo forma parte de una equivocación.

—Dala por zanjada.

—¿Y si no quiero?

—Pues te fastidias.

—¿Y tú no?

—Yo te digo, y me da la risa, ¿a quién engañas? Porque eso de «buenos días, amor», es un tópico estúpido.

—¿No has amado nunca?

—Supongo que no lo preguntarás en serio.

—No sé.
—No esperarás que te responda.
—Quizá lo espero.
—Pues pierdes el tiempo, forastero.
—No sé si lo seré tanto, porque llevamos toda la mañana comunicándonos.
—Lo cual te irrita.
—Pues sí... —murmuró él.
—¿Y si te digo que a mí me gusta oír tu voz?
—Serás impresionable.
—¿Te molesta que lo sea?
Mimi miraba en torno.
¿Quién sería aquel fastidioso que estaba perturbando su trabajo cotidiano?
—Me molesta mucho —manifestó Fran.
—Eso es cosa tuya.
—Me llamo... ¿te lo digo? —murmuró él.
—Si quieres...
—¿Cómo te llamas tú?
—No pienso decirlo. Busca a tu Laura.
—Es que no sé si me interesa.
—¿A qué juegas?
—A oír tu voz.
—Y eso te complace —sin preguntar.
—Me distrae.
—Eres un vulgar desocupado.
Chas. Esta vez cortó Mimi.
Fran quedó con el auricular en la mano oyendo el monótono tic tac.

* * *

—Fran, Carlos dice y tiene toda la razón del mundo que te pasas la vida jugando.
Fran arrugó el ceño.